

CELEBRACIONES DOMINICALES
EN
AUSENCIA DEL PRESBITERO



TIEMPO ORDINARIO
IV PARTE
CICLO C

CELEBRACIONES **D**OMINICALES
EN
AUSENCIA DEL **P**RESBÍTERO

CICLO **C**

HOMILÍAS DEL PAPA FRANCISCO



ORDEN DE LA CELEBRACIÓN

RITOS INICIALES

Mientras la asamblea canta, el ministro laico desde el lugar que le corresponde (sin besar el altar ni sentarse en la sede), hace la señal de la cruz y saluda a los presentes diciendo:



En el nombre del Padre, y del Hijo,
y del Espíritu Santo.

El pueblo responde:

Amén.

SALUDO AL PUEBLO CONGREGADO

2. Seguidamente, el ministro laico dice:

Hermanos, bendecid al Señor, que nos (o bien: os) invita benignamente a la mesa de su Palabra y del Cuerpo de Cristo.

El pueblo responde:

Bendito seas por siempre Señor.

Seguidamente se hace la monición de entrada que se encuentra en el tiempo correspondiente.

ACTO PENITENCIAL

5. A continuación se hace el Acto penitencial tal como está en el domingo correspondiente.

6. Seguidamente el ministro laico, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos oran en silencio durante unos momentos.

Luego dice la oración colecta del tiempo correspondiente.

La colecta termina siempre con la conclusión larga:

Si la oración se dirige al Padre:

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.

Si la oración se dirige al Padre, pero al final de ella se menciona al Hijo:

Él, que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.

Si la oración se dirige al Hijo:

Tú que vives y reinas con el Padre
en la unidad del Espíritu Santo y eres Dios
por los siglos de los siglos.

Al final de la oración el pueblo aclama:

Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

7. El lector va al ambón y lee la primera lectura, que todos escuchan sentados.

Para indicar el final de la lectura, el lector aclama:

Palabra de Dios.

Todos responden:

Te alabamos. Señor.

8. El salmo es cantado o recitado por el salmista o cantor, y el pueblo intercala la respuesta, a no ser que el salmo se diga seguido sin estribillo del pueblo.

9. Si hay segunda lectura, se lee en el ambón, como la primera.

Para indicar el final de la lectura, el lector aclama:

Palabra de Dios.

Todos responden:

Te alabamos, Señor.

10. Sigue el Aleluya u otro canto establecido por las rúbricas según lo exija el tiempo litúrgico.

11. Después el ministro laico va al ambón, ya en el ambón dice:

Lectura del santo Evangelio según san N.

Y mientras tanto hace la señal de la cruz sobre su frente, labios y pecho.

El pueblo aclama:

Gloria a ti, Señor.

12. Acabado el evangelio aclama:


Palabra del Señor.

Todos responden:

Gloria a ti, Señor Jesús.

13. Luego el ministro laico lee la homilía.

14. Acabada la homilía se proclama el símbolo o profesión de fe, si la liturgia del día lo prescribe.

reo en un solo Dios, Padre todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra,
de todo lo visible y lo invisible.

Creo en un solo Señor, Jesucristo,

Hijo único de Dios,

nacido del Padre antes de todos los siglos:

Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero,

engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre,
por quien todo fue hecho;

que por nosotros, los hombres,
y por nuestra salvación bajó del cielo,

En las palabras que siguen, hasta se hizo hombre, todos se inclinan.

y por obra del Espíritu Santo

se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre;

y por nuestra causa fue crucificado

en tiempos de Poncio Pilato;

padeció y fue sepultado,

y resucitó al tercer día, según las Escrituras,

y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre;

y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos,

y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida,

que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo

recibe una misma adoración y gloria,

y que habló por los profetas.

Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica.


Confieso que hay un solo bautismo

para el perdón de los pecados.

Espero la resurrección de los muertos

y la vida del mundo futuro. Amén.

Para utilidad de los fieles, en lugar del símbolo niceno-constantinopolitano, la profesión de fe se puede hacer, especialmente en el tiempo de Cuaresma y en la Cincuentena pascual, con el siguiente símbolo bautismal de la Iglesia Romana llamado «de los Apóstoles»:

reo en Dios, Padre todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,

En las palabras que siguen,

hasta María Virgen, todos se inclinan.

que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo,

nació de santa María Virgen,

padeció bajo el poder de Poncio Pilato,

fue crucificado, muerto y sepultado,

descendió a los infiernos,

al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos

y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso.

Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica,

la comunión de los santos, el perdón de los pecados,

la resurrección de la carne y la vida eterna.

Amén.

17. Después se hace la plegaria universal u oración de los fieles, que se desarrolla de la siguiente forma:

Invitatorio

El ministro laico invita a los fieles a orar, por medio de una breve monición.

Intenciones

Las intenciones son propuestas por un lector o por otra persona idónea.

El pueblo manifiesta su participación con una invocación u orando en silencio.

La sucesión de intenciones ordinariamente debe ser la siguiente:

- a) por las necesidades de la Iglesia;
- b) por los gobernantes y por la salvación del mundo entero;
- c) por aquellos que se encuentran en necesidades particulares;
- d) por la comunidad local.

Conclusión

El ministro laico termina la plegaria común con una oración conclusiva.

RITO DE LA COMUNIÓN

15. Concluida la oración de los fieles, el ministro laico se acerca al sagrario y, una vez abierto, hace genuflexión ante el Santísimo Sacramento; colocándolo encima del altar dice:

Fieles a la recomendación del Salvador
y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir:

O bien:

Llenos de alegría por ser hijos de Dios,
digamos confiadamente

la oración que Cristo nos enseñó:

O bien:

El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones
con el Espíritu Santo que se nos ha dado;

digamos con fe y esperanza:

O bien:

Antes de participar en el banquete de la Eucaristía,
signo de reconciliación y vínculo de unión fraterna,
oremos juntos como el Señor nos ha enseñado:

Y, junto con el pueblo, continúa:



Padre nuestro, que estás en el cielo,
santificado sea tu Nombre;

venga a nosotros tu reino;

hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.

Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos
a los que nos ofenden;
no nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del mal.

16. **Luego, si se juzga oportuno, añade:**

Démonos fraternalmente la paz.

O bien:

Como hijos de Dios, intercambiemos ahora
un signo de comunión fraterna.

O bien:

En Cristo, que nos ha hecho hermanos con su cruz,
démonos la paz como signo de reconciliación.

O bien:

En el Espíritu de Cristo resucitado,
démonos fraternalmente la paz.

Y todos, según la costumbre del lugar, se dan la paz.

17. **El ministro laico hace genuflexión, toma el pan consagrado y, sosteniéndolo un poco elevado sobre la patena, lo muestra al pueblo, diciendo:**

Éste es el Cordero de Dios,

que quita el pecado del mundo.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

Y, juntamente con el pueblo, añade:

Señor, no soy digno
de que entres en mi casa,
pero una palabra tuya
basta para sanarme.

18. El ministro laico dice en secreto:

El Cuerpo de Cristo me guarde para la vida eterna.

Y comulga reverentemente el Cuerpo de Cristo.

19. Después toma la patena o la píxide, se acerca a los que quieren comulgar y les presenta el pan consagrado, que sostiene un poco elevado, diciendo a cada uno de ellos:

El Cuerpo de Cristo.

El que va a comulgar responde:

Amén.

Y comulga.

20. Cuando el ministro laico comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión.

21. Acabada la comunión, el ministro laico devuelve el Santísimo Sacramento al sagrario y, antes de cerrarlo, se arrodilla.

22. Después vuelve a su sitio. Si se juzga oportuno, se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo, un cántico de alabanza o un himno.

23. Luego, de pie en su sitio o en el altar, dice la oración para después de la comunión que encontrará en el tiempo correspondiente:

Oremos.

Y todos oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes.

24. Después dice la oración después de la comunión.

La oración después de la comunión termina con la conclusión breve.

Si la oración se dirige al Padre:

Por Jesucristo, nuestro Señor.

Si la oración se dirige al Padre, pero al final de la misma se menciona al Hijo:

Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

Si la oración se dirige al Hijo:

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

El pueblo aclama:

Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

25. En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

26. Después tiene lugar la despedida. El ministro laico dice:

El Señor bendiga,
nos guarde de todo mal y nos lleve a la vida eterna.

El pueblo responde:

Amén.

27. Luego, con las manos juntas, despide al pueblo con una de las fórmulas siguientes:

Podemos ir en paz.

O bien:

La alegría del Señor sea nuestra fuerza.

Podemos ir en paz.

O bien:

Glorifiquemos al Señor con nuestra vida.

Podemos ir en paz.

O bien:

En el nombre del Señor, podemos ir en paz.

O bien, especialmente en los domingos de Pascua:

Anunciemos a todos la alegría del Señor resucitado.

Podemos ir en paz.

El pueblo responde:

Demos gracias a Dios.

28. Después hecha la debida reverencia se retira.





XXVII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Monición de entrada

La celebración de este domingo se abre con un canto a Dios, creador de todas las cosas: *En tu poder, Señor, está todo... Tú creaste el cielo y la tierra... Tú eres dueño del universo.*

Pero el poder de Dios no es de dominio, sino de amor, de ahí que al inicio de estos misterios santos le pedimos que derrama sobre nosotros su misericordia ya que reconocemos nuestros pecados. Reunidos para celebrar el “Día del Señor”, traemos

Se hace un breve silencio, luego se continúa diciendo:

- Tú que eres el Hijo amado del Padre. Señor, ten piedad.

℟. Señor, ten piedad.

- Tú que eres el Primogénito de toda criatura. Cristo ten pie-

dad.

Rx. Cristo, ten piedad.

- Tú que eres el Ungido por el Espíritu para ansiar la Buena Nueva a todos los hombres. Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

Luego sigue diciendo:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

El pueblo responde:

Amén.

Gloria

Oración colecta

Oremos

DIOS todopoderoso y eterno,
que desbordas con la abundancia de tu amor
los méritos y los deseos
de los que te suplican,
derrama sobre nosotros tu misericordia,
para que perdones lo que pesa en la conciencia
y nos concedas aun aquello
que la oración no menciona.
Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo
que contigo vive y reina
en la unidad del Espíritu Santo,

y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

Sigue la proclamación de la palabra de Dios que se hará en el ambón y del leccionario correspondiente.

Homilía

Hoy, el pasaje del Evangelio comienza así: «Los apóstoles le dijeron al Señor: «Auméntanos la fe»» (Lc 17, 5). Me parece que todos nosotros podemos hacer nuestra esta invocación. También nosotros, como los Apóstoles, digamos al Señor Jesús: «Auméntanos la fe». Sí, Señor, nuestra fe es pequeña, nuestra fe es débil, frágil, pero te la ofrecemos así como es, para que Tú la hagas crecer. ¿Os parece bien repetir todos juntos esto: «¡Señor, aumentanos la fe!»? ¿Lo hacemos? Todos: Señor, aumentanos la fe. Señor, aumentanos la fe. Señor, aumentanos la fe. ¡Que la haga crecer!

Y, ¿qué nos responde el Señor? Responde: «Si tuvierais fe como un granito de mostaza, diríais a esa morera: «Arráncate de raíz y plántate en el mar», y os obedecería» (v. 6). La semilla de la mostaza es pequeñísima, pero Jesús dice que basta tener una fe así, pequeña, pero auténtica, sincera, para hacer cosas humanamente imposibles, impensables.

En este mes de octubre, dedicado en especial a las misiones, pensemos en los numerosos misioneros, hombres y mujeres, que para llevar el Evangelio han superado todo tipo de obstáculos, han entregado verdaderamente la vida; como dice san Pablo a Timoteo: «No te avergüences del testimonio de nuestro Señor ni de mí, su prisionero; antes bien, toma parte en los padecimientos por el Evangelio, según la fuerza de Dios» (2 Tm 1, 8). Esto, sin embargo, nos atañe a todos: cada uno de nosotros, en la propia vida de cada día, puede dar testimonio de Cristo, con la fuerza de Dios, la fuerza de la fe. Con la pequeñísima fe que tenemos, pero que es fuerte. Con esta fuerza dar testimonio de Jesucristo, ser cristianos con la vida, con nuestro testimonio.

¿Cómo conseguimos esta fuerza? La tomamos de Dios en la oración. La oración es el respiro de la fe: en una relación de confianza, en una relación de amor, no puede faltar el diálogo, y la oración es el diálogo del alma con Dios. Octubre es también el mes del Rosario, y en este primer domingo es tradición recitar la Súplica a la Virgen de Pompeya, la Bienaventurada Virgen María del Santo Rosario. Nos unimos espiritualmente a este acto de confianza en nuestra Madre, y recibamos de sus manos el Rosario: el Rosario es una escuela de oración, el Rosario es una escuela de fe.

Credo

Oración de los fieles

Oremos confiadamente, hermanos, a Dios Padre, rogándole que el mundo conozca el valor de la perla del Evangelio.

1. Por la Iglesia; para que sea siempre un signo transparente de la Buena Noticia de Dios. **Roguemos al Señor.**
2. Por las vocaciones sacerdotales; para que los jóvenes se dispongan a arriesgar su vida en la construcción del Reino de Dios. **Roguemos al Señor.**
3. Por todos los que, en cualquier lugar del mundo, trabajan al servicio de la justicia y la igualdad entre los hombres; para que sus esfuerzos sean eficaces, y den fruto para el bien de todos. **Roguemos al Señor.**
4. Por los enfermos de nuestras familias y de nuestra comunidad; para que experimenten la fortaleza y el gozo del Espíritu. **Roguemos al Señor.**
5. Por todos nosotros; para que sepamos perdonar como Dios mismo nos perdona. **Roguemos al Señor.**

Escucha, Dios de bondad, las peticiones de tu pueblo, y concédenos mentalizarnos de que merece la pena dejarlo todo por encontrar el tesoro del reino que nos tienes preparado. Por Jesucristo nuestro Señor.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

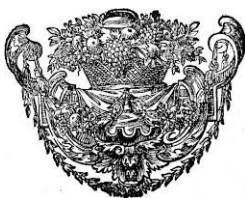
Oremos

CONCÉDENOS, Dios todopoderoso,
que nos alimentemos y saciemos
en los sacramentos recibidos,
hasta que nos transformemos en lo que hemos tomado.
Por Jesucristo, nuestro Señor

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18





XXVIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Monición de entrada

Iniciamos la celebración con total confianza en la misericordia de Dios; es la mejor preparación para escuchar la Palabra y recibir la comunión. Dios es justo, pero no el ser avieso que intenta cazar a los que quiere perder: *si llevas cuenta de los delitos, ¿quién podrá resistir?* Reconocemos que su justicia está llena de misericordia y por eso reconocemos nuestros pecados.

Se hace un breve silencio, luego se continúa diciendo:

- Tú, que eres nuestro Redentor. Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

- Tú, que eres nuestro Maestro. Cristo, ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

- Tú, que eres nuestro Mediador. Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

Se concluye con la siguiente plegaria:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

El pueblo responde:

Amén.

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos



e pedimos, Señor,
que tu gracia nos preceda y acompañe,
y nos sostenga continuamente en las buenas obras.

Por nuestro Señor Jesucristo.

Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo
que contigo vive y reina
en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios del leccionario correspondiente.

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilía.

La vida cristiana es, ante todo, la respuesta agradecida a un Padre generoso. Los cristianos que solo siguen "deberes" denotan que no tienen una experiencia personal de ese Dios que es "nuestro". Yo debo hacer esto, eso y lo otro... Solamente deberes. ¡Pero te falta algo! ¿Cuál es el fundamento de este deber? El fundamento de este deber es

el amor de Dios Padre, que primero da y luego manda. Anteponer la ley a la relación no ayuda al camino de la fe. ¿Cómo puede un joven desear ser cristiano, si partimos de obligaciones, compromisos, coherencias y no de la liberación? ¡Pero ser cristiano es un camino de liberación! Los mandamientos te liberan de tu egoísmo y te liberan porque el amor de Dios te lleva hacia delante. La formación cristiana no se basa en la fuerza de voluntad, sino en la aceptación de la salvación, en dejarse amar: primero el Mar Rojo, luego el Monte Sinaí. Primero la salvación: Dios salva a su pueblo en el Mar Rojo, después en el Sinaí le dice lo que tiene que hacer. Pero ese pueblo sabe que hace esas cosas porque ha sido salvado por un Padre que lo ama.

La gratitud es un rasgo característico del corazón visitado por el Espíritu Santo; para obedecer a Dios, primero debemos recordar sus beneficios. San Basilio dice: "Quien no deja que esos beneficios caigan en el olvido, está orientado hacia la buena virtud y hacia toda obra de la justicia" (Reglas breves, 56). ¿A dónde nos lleva todo esto? A ejercitar la memoria: [3] ¡Cuántas cosas bellas ha hecho Dios por cada uno de nosotros! ¡Qué generoso es nuestro Padre Celestial! Ahora me gustaría proponeros un pequeño ejercicio: que cada uno, en silencio, responda para sí. ¿Cuántas cosas hermosas ha hecho Dios por mí? Esta es la

pregunta. En silencio cada uno de nosotros responda. ¿Cuántas cosas hermosas ha hecho Dios por mí? Y esta es la liberación de Dios. Dios hace tantas cosas bellas y nos libera. Dios piensa en mí.

¡Que Dios sea siempre bendito por todo lo que ha hecho, lo que hace y lo que hará en nosotros!

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Dejándonos iluminar por la sabiduría de Dios, que es rico para todos los que lo invocan, pidámosle los bienes que Él quiere darnos como anticipo de los bienes eternos.

1. Por la Iglesia; para que la sepa demostrar al mundo, enfebrecido por el afán de poseer, dónde está el verdadero tesoro. **Roguemos al Señor.**

2. Por las vocaciones al ministerio sacerdotal y a la vida consagrada; para que Jesús invite a los jóvenes a seguirlo, y ellos no antepongan nada al Reino de Dios. **Roguemos al Señor.**

3. Por los gobernantes del mundo entero; para que Dios les conceda prudencia, espíritu de sabiduría y un corazón sensato. **Roguemos al Señor.**

4. Por los pobres, los enfermos y todos los que sufren; para que Dios los sacie de su misericordia y llene su vida de alegría y júbilo. **Roguemos al Señor**

5. Por nosotros; para que dejemos que la palabra de Dios penetre hasta nuestros tuétanos, y caminemos por los caminos de Cristo. Roguemos al Señor.

Oh Dios, Padre nuestro, que escrutas los sentimientos y pensamientos de los hombres y para quien no hay cosa creada que permanezca escondida; escucha nuestra súplica y penetra en nuestro corazón con la espada de tu palabra, para que a la luz de su sabiduría, podemos evaluar lo terrenal y lo eterno, y seamos libres y pobres para tu reino. Por Jesucristo nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos

Señor, pedimos humildemente a tu majestad que, así como nos fortaleces con el alimento del santísimo

Cuerpo y Sangre de tu Hijo,
nos hagas participar de su naturaleza divina.
Por Jesucristo nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18





XXIX DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Monición de entrada y acto penitencial

La confianza en el Padre del cielo ha de desbordar siempre nuestro corazón, por eso, al inicio de estos misterios santos le decimos: *Yo te invoco y tu me respondes Dios mío... inclina tu oído y escucha mis palabras. Guárdame como a las niñas de tus ojos; a la sombra de tus alas escóndeme.* La solicitud y la bondad de Dios es la que nos mueve a reconocer nuestros pecados.

Se hace un breve silencio. Luego sigue diciendo:

- Tú que no has venido a ser servido sino a servir.

Señor ten piedad

℟℞ Señor, ten piedad.

- Tú que has sido entregado para justificarnos.

. Cristo ten piedad.

℟℞ Cristo, ten piedad.

- Tú que renuevas la vida de la humanidad entera.

. Señor ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Rx. Amén

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos

Dios todopoderoso y eterno,
haz que te presentemos una voluntad
solícita y estable,

y sirvamos a tu grandeza con sincero corazón.

Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo

que contigo vive y reina en la unidad del Espíritu Santo,

y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios del leccionario correspondiente.

Concluido el evangelio se hace la homilía.

HOMILIA

Afirman los biblistas que uno de los temas más sobresalientes de todo el evangelio de Lucas es el de oración

Es muy interesante lo que nos dice el mismo san Lucas al inicio de esta exhortación: Jesús nos refiere para explicar a los discípulos cómo tenían que orar siempre sin desanimarse, les propuso esta parábola. El objetivo está bastante claro: quiere enseñarnos a orar siempre y con perseverancia, y a no cansarnos ante las dificultades, incluso cuando parezca que Dios no escucha nuestras plegarias.

Esta historia resulta bastante sugerente. Nuestro Señor nos presenta a un juez inicuo, sin escrúpulos, despreocupado, injusto y sin ningún temor de Dios ni de los hombres. Y había también una pobre viuda, que acudía a él con frecuencia y le pedía que le hiciera justicia. El juez, altanero e irresponsable, al principio se negó y le dio largas al asunto. ¡Total, se trata de una pobre mujer, y además viuda! tal vez pensaría ese juez injusto. En Israel, como en todo el antiguo Oriente, los huérfanos y las viudas eran el símbolo de la debilidad, pues no contaban con un padre o un esposo que pudiera protegerlos y velar por ellos. Tal vez por eso aquel juez se sentía seguro en su indolencia.

Sin embargo, aquella mujer le seguía insistiendo.

Está claro que Dios escuchará nuestras plegarias sólo si nosotros somos perseverantes y no nos cansamos de presentarle nuestras peticiones. Por supuesto que Dios no se identifica, absolutamente, con ese juez. La parábola nos impresiona por el contraste: si aquél, siendo tan canalla, atiende a

la viuda porque se lo pide hasta hartarlo, ¿cómo no hará caso nuestro Padre celestial a las súplicas que le dirigimos, si Él es infinitamente bueno y generoso?

Debemos aprender la lección. Tal vez nos contentamos con pedirle a Dios una o dos veces aquello que necesitamos, y ya. Pero Jesús nos enseña una cosa muy distinta. Nos viene casi a decir que Dios quiere que lo hartemos con nuestras súplicas; que Él quiere que insistamos en la oración y no nos preocupemos si podemos resultarle cansones, pues así probamos la fe, la confianza y el amor filial que le tenemos.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Unidos a todos los miembros de la Iglesia, pongamos nuestras peticiones en las manos de Dios nuestro Padre, que siempre está atento a nuestras necesidades.

- 1.** Para que el Espíritu Santo fortalezca a los obispos y a los sacerdotes de los países de misiones y los asista de manera que conduzcan a sus Iglesias hacia una verdadera madurez cristiana. **Roguemos al Señor.**
- 2.** Para que el Señor infunda su Espíritu Santo en los misioneros y haga que su apostolado y testimonio sean verdaderamente evangélicos y reclamo de nuevas vocaciones.

Roguemos al Señor.

3. Para que los cristianos que viven en países de misiones den un testimonio verdadero de amor a Jesucristo, se sientan ricos por el conocimiento del Evangelio y no se avergüencen nunca de su condición cristiana.

Roguemos al Señor.

4. Por los enfermos y los que padecen cualquier tipo de tribulación; para que Dios sea su auxilio y su escudo y libre sus vidas de la muerte. **Roguemos al Señor.**

5. Para que nosotros y los miembros de nuestras comunidades consideremos como parte integrante de nuestra fe la solicitud apostólica de transmitir la luz y la alegría del Evangelio al mundo no cristiano. **Roguemos al Señor.**

Dios de la paz y del perdón, que nos ha dado en Cristo al sumo sacerdote que ha entrado en el santuario del cielo en virtud del único sacrificio de expiación, escucha nuestra oración y concédenos encontrar gracia ante tus ojos, para que podamos compartir hasta el fondo el cáliz de tu voluntad y participar plenamente en la muerte redentora de tu Hijo. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos

Señor, haz que nos sea provechosa la celebración de las realidades del cielo, para que nos auxilién los bienes temporales y seamos instruidos por los eternos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18





XXX DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Monición de entrada y acto penitencial.

Pocas expresiones pueden definir mejor lo que debe ser para nosotros el “día del Señor”, como las palabras con que hoy comenzamos la celebración: *que se alegren los que buscan al Señor... buscad continuamente su rostro...* Cada domingo celebramos el triunfo de Jesús, que, por eso, es un día de júbilo, también de búsqueda y encuentro con Dios. Siendo conscientes de que el pecado impide este encuentro lo reconocemos al inicio de estos misterios santos. **Se hace un breve silencio. Luego sigue diciendo:**

- Tú que das la vista a los ciegos. Señor ten piedad

R. Señor, ten piedad.

- Tú que te compadeces de los pobres y los débiles. Cristo ten piedad.

R. Cristo, ten piedad.

- Tú que renuevas la vida de la humanidad entera. Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Rx. Amén

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos

Dios todopoderoso y eterno,
aumenta nuestra fe, esperanza y caridad,
y, para que merezcamos conseguir lo que prometes,
concédenos amar tus preceptos
Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo
que contigo vive y reina
en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios del leccionario correspondiente.

Concluido el evangelio se hace la homilía.

HOMILIA

Hoy, Jesús quiere enseñarnos cuál es la actitud justa para orar e invocar la misericordia del Padre: cómo se debe orar. Una actitud justa para orar. Es la parábola del fariseo y del publicano (Cfr. *Lc 18,9-14*).

Ambos protagonistas suben al templo a orar, pero actúan de modos muy diferentes, obteniendo resultados opuestos.

No basta pues preguntarnos cuánto oramos, debemos también examinarnos cómo oramos, o mejor, cómo es nuestro corazón: es importante examinarlo para evaluar los pensamientos, los sentimientos, y extirpar la arrogancia y la hipocresía. Pero, yo pregunto: ¿se puede orar con arrogancia? No. ¿Se puede orar con hipocresía? No. Solamente, debemos orar ante Dios como nosotros somos. El fariseo se ha encaminado hacia el templo, está seguro de sí, pero no se da cuenta de haber perdido el camino de su corazón.

El publicano en cambio se presenta en el templo con ánimo humilde y arrepentido: «manteniéndose a distancia, no se animaba siquiera a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho» (v. 13). Su oración es breve, no es tan larga como aquella del fariseo: «Dios mío, ten piedad de mí, que soy un pecador». Presentándose “con las manos vacías”, con el corazón desnudo y reconociéndose pecador, el publicano

muestra a todos nosotros la condición necesaria para recibir el perdón del Señor. Al final justamente él, despreciado así, se convierte en icono del verdadero creyente.

La soberbia compromete toda acción buena, vacía la oración, aleja a Dios y a los demás. Si Dios prefiere la humildad no es para desanimarnos: la humildad es más bien la condición necesaria para ser ensalzados por Él, así poder experimentar la misericordia que viene a colmar nuestros vacíos. Si la oración del soberbio no alcanza el corazón de Dios, la humildad del miserable lo abre. Dios tiene una debilidad: la debilidad por los hombres. Delante a un corazón humilde, Dios abre su corazón totalmente.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Como el ciego de Jericó, invoquemos a Dios Padre, y sabiendo que Él siempre nos escucha, pongamos en sus manos amorosas nuestras peticiones y necesidades.

1. Por los pastores de la Iglesia; para que tengan un corazón compasivo que comprenda las debilidades de todos los hombres. **Roguemos al Señor.**

2. Por las vocaciones sacerdotales; para que el Señor que vela por su grey le conceda pastores misericordiosos y pacíficos, sabios y prudentes, que amen y prediquen según el corazón del Padre. **Roguemos al Señor.**
3. Por los gobernantes de todos los pueblos; para que se preocupen por las necesidades de aquellos que carecen de lo más imprescindible. **Roguemos al Señor.**
4. Por los enfermos y los que viven en pecado; para que Jesús, el Hijo de David, se apiade de ellos, y cure todos sus males. **Roguemos al Señor.**
5. Por nosotros, aquí reunidos; para que no seamos ciegos ante la presencia de Dios en nuestras vidas. **Roguemos al Señor.**

Oh Dios, luz de los ciegos y alegría de los atribulados, que en tu Hijo unigénito has dado al sacerdote justo y compasivo hacia los que gimen bajo la opresión y en las lágrimas, escucha el grito de nuestra oración y haz que todos los hombres reconozcan en Él la ternura de tu amor de Padre y se pongan en camino hacia Ti.

Por Jesucristo nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14.

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos

Qué tus sacramentos, Señor,
efectúen en nosotros lo que expresan,
para que obtengamos en la realidad
lo que celebramos ahora sacramentalmente.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18





1 de noviembre

TODOS LOS SANTOS

Monición de entrada y acto penitencial

La solemnidad de todos los santos que hoy celebramos nos reúne alrededor del altar para incorporarnos al cántico de acción de gracias de todos los hombres y mujeres del mundo, de épocas y lugares distintos, todos ellos hermanos nuestros, que a lo largo de su existencia terrena vivieron el camino del evangelio que todos estamos llamados a seguir, y que

ahora comparten para siempre la gloria de Dios en el cielo.

Pero este camino no siempre lo recorreremos de acuerdo a los planes que Dios tiene trazados para nosotros. Por eso, al comenzar la celebración de los sagrados misterios, nos confesamos pecadores y culpables ante Dios y ante los hermanos, invocando a nuestra Señora, la Virgen María y a todos los santos, para que intercedan por nosotros.

Se hace una breve pausa en silencio. Después, todos dicen en común la fórmula de la confesión general:

Yo confieso ante Dios todopoderoso
y ante vosotros, hermanos,
que he pecado mucho
de pensamiento, palabra, obra y omisión:

Y, golpeándose el pecho, dicen:

Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa.

Luego prosiguen:

Por eso ruego a santa María, siempre Virgen,
a los ángeles, a los santos
y a vosotros, hermanos, que intercedan por mí ante Dios,
nuestro Señor.

El ministro laico concluye con la siguiente plegaria:

Dios todopoderoso
tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.

El pueblo responde:

Amén.

Señor, ten piedad

7. Siguen las invocaciones Señor, ten piedad (Kýrie eléison), si no se han dicho ya en alguna de las fórmulas del acto penitencial.

∇. Señor, ten piedad.

℞. Señor, ten piedad.

∇. Cristo, ten piedad.

℞. Cristo, ten piedad.

∇. Señor, ten piedad.

℞. Señor, ten piedad.

Gloria

A continuación, cuando está prescrito, se canta o se dice el himno:



loria a Dios en el cielo,
y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor.

Por tu inmensa gloria te alabamos,

te bendecimos,
te adoramos,
te glorificamos,
te damos gracias,
Señor Dios, Rey celestial,
Dios Padre todopoderoso.
Señor, Hijo único, Jesucristo,
Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre;
tú que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros;
tú que quitas el pecado del mundo, atiende nuestra súplica;
tú que estás sentado a la derecha del Padre,
ten piedad de nosotros;
porque sólo tú eres Santo, sólo tú Señor,
sólo tú Altísimo, Jesucristo,
con el Espíritu Santo, en la Gloria de Dios Padre.
Amén.

Oración colecta

Oremos

DIOS todopoderoso y eterno,
que nos has otorgado venerar

en una misma celebración
los méritos de todos los santos,
concédenos, por esta multitud de intercesores,

la deseada abundancia de tu misericordia.
Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo
que contigo vive y reina
en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios del leccionario correspondiente.

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilía

Con toda la Iglesia celebramos hoy la solemnidad de Todos los Santos.

Celebramos, por tanto, la fiesta de la santidad. Esa santidad que, tal vez, no se manifiesta en grandes obras o en sucesos extraordinarios, sino la que sabe vivir fielmente y día a día las exigencias del bautismo. Una santidad hecha de amor a Dios y a los hermanos. Amor fiel hasta el olvido de sí mismo y la entrega total a los demás, como la vida de esas madres y esos padres, que se sacrifican por sus familias sabiendo renunciar gustosamente, aunque no sea siempre fácil, a tantas cosas, a tantos proyectos o planes personales.

Pero si hay algo que caracteriza a los santos es que son realmente felices. Han encontrado el secreto de esa felicidad auténtica, que anida en el fondo del alma y que tiene su fuente en el amor de Dios. Por eso, a los santos se les llama bienaventurados. Las bienaventuranzas son su camino, su meta, su patria. Las bienaventuranzas son el camino de vida que el Señor nos enseña, para que sigamos sus huellas. En el Evangelio de hoy, hemos escuchado cómo Jesús las proclamó ante una gran muchedumbre en un monte junto al lago de Galilea.

Las bienaventuranzas son el perfil de Cristo y, por tanto, lo son del cristiano. Las bienaventuranzas son de alguna manera el carné de identidad del cristiano, que lo identifica como seguidor de Jesús. Estamos llamados a ser bienaventurados, seguidores de Jesús, afrontando los dolores y angustias de nuestra época con el espíritu y el amor de Jesús. Así, podríamos señalar nuevas situaciones para vivirlas con el espíritu renovado y siempre actual: Bienaventurados los que soportan con fe los males que otros les infligen y perdonan de corazón; bienaventurados los que miran a los ojos a los descartados y marginados mostrándoles cercanía; bienaventurados los que reconocen a Dios en cada persona y luchan para que otros también lo descubran; bienaventurados los que protegen y cuidan la casa común; bienaventurados los

que renuncian al propio bienestar por el bien de otros; bienaventurados los que rezan y trabajan por la plena comunión de los cristianos... Todos ellos son portadores de la misericordia y ternura de Dios, y recibirán ciertamente de él la recompensa merecida.

La llamada a la santidad es para todos y hay que recibirla del Señor con espíritu de fe. Los santos nos alientan con su vida e intercesión ante Dios, y nosotros nos necesitamos unos a otros para hacernos santos. Juntos pidamos la gracia de acoger con alegría esta llamada y trabajar unidos para llevarla a plenitud. A nuestra Madre del cielo, Reina de todos los Santos, le encomendamos nuestras intenciones para que seamos bendecidos en nuestros esfuerzos y alcancemos la santidad en la unidad.

Credo:

Proclamemos ahora comunitariamente nuestra fe.

Oración de los fieles

Presentemos ahora nuestras súplicas a Dios Padre por medio de Jesucristo, el Señor, confiando en la intercesión de tantos hermanos nuestros que nos han precedido en la fe y que ahora gozan para siempre de la claridad de Dios.

1. Por la Iglesia; para que sea siempre santa en sus hijos, que han recibido la vida divina en el bautismo, han sido santificados por el Espíritu Santo y se alimentan con el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo. **Roguemos al Señor.**

2. Por los que gobiernan las naciones del mundo; para que busquen en todo el bien común y el progreso de la justicia y el derecho entre los pueblos y naciones.

Roguemos al Señor.

3. Por los que son perseguidos a causa de su fe o de su lucha por la justicia; para que sientan siempre la fuerza de Dios que los acompaña en su tribulación. **Roguemos al Señor.**

4. Por los que sufren en el cuerpo o en el espíritu; para que sean confortados por el ejemplo y la intercesión de todos los santos y a nosotros nos conceda un corazón compasivo.

Roguemos al Señor.

5. Por todos nosotros, que participamos en la celebración de la Eucaristía; para que el ejemplo de vida de los santos nos ayude a vivir una vida según el evangelio. **Roguemos al Señor.**

Suba ante tu presencia, Señor, la oración de tu Iglesia y concede a tu pueblo la constante protección de todos los santos, a fin de que, por su intercesión, obtenga los beneficios que te implora y aumente en él la fidelidad a tu Hijo Jesucristo. Él, que vive y reina, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos

TE adoramos y admiramos, oh, Dios,
el solo Santo entre todos los santos,
e imploramos tu gracia
para que,
realizando nuestra santidad en la plenitud de tu amor,
pasemos de esta mesa de los que peregrinamos,
al banquete de la patria celestial.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18



XXXI DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Monición de entrada y acto penitencial.

No siempre nos encontramos con igual ánimo. A veces, todo nos parece bello y nuestra senda recta y luminosa; pero otras, los horizontes se oscurecen y nos vemos abandonados en medio de un mundo hostil. Por eso iniciamos la celebración diciendo *No me abandones, Señor... no te quedes lejos; ven a prisa a socorrerme*. Tras esta súplica reconocemos nuestros pecados, y pidamos a Dios su gracia y su perdón.

Se hace un breve silencio. Luego sigue diciendo:

- Tú que no has venido a ser servido, sino a servir.

Señor ten piedad

R. Señor, ten piedad.

- Tú que entregaste tu vida en rescate por todos.

Cristo ten piedad.

R. Cristo, ten piedad.

- Tú, nuestro Maestro y Señor, humillado hasta la muerte de

cruz.

Señor ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Rx. Amén

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos



ios de poder y misericordia,
de quien procede el que tus fieles te sirvan digna
y meritoriamente,

concédenos avanzar sin obstáculos
hacia los bienes que nos prometes.
Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo
que contigo vive y reina
en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

**Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios
del leccionario correspondiente.**

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilía

La página del Evangelio de san Lucas de este domingo nos presenta a Jesús que, en su camino hacia Jerusalén, entra en la ciudad de Jericó. Es la última etapa de un viaje que resume en sí el sentido de toda la vida de Jesús, dedicada a buscar y salvar a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Pero cuanto más se acerca el camino a la meta, tanto más se va formando en torno a Jesús un círculo de hostilidad.

Sin embargo, en Jericó tiene lugar uno de los acontecimientos más gozosos narrados por san Lucas: la conversión de Zaqueo. Este hombre es una oveja perdida, es despreciado y es un «excomulgado», porque es un publicano, es más, es el jefe de los publicanos de la ciudad, amigo de los odiados ocupantes romanos, es un ladrón y un explotador.

Impedido de acercarse a Jesús, probablemente por motivo de su mala fama, y siendo pequeño de estatura, Zaqueo se trepa a un árbol, para poder ver al Maestro que pasa. Este gesto exterior, un poco ridículo, expresa sin embargo el acto interior del hombre que busca pasar sobre la multitud para tener un contacto con Jesús. Zaqueo mismo no conoce el sentido profundo de su gesto, no sabe por qué hace esto, pero lo hace; ni siquiera se atreve a esperar que se supere la distancia que le separa del Señor; se resigna a verlo sólo de

paso. Pero Jesús, cuando se acerca a ese árbol, le llama por su nombre: «Zaqueo, date prisa y baja, porque es necesario que hoy me quede en tu casa» (Lc 19, 5). Ese hombre pequeño de estatura, rechazado por todos y distante de Jesús, está como perdido en el anonimato; pero Jesús le llama, y ese nombre «Zaqueo», en la lengua de ese tiempo, tiene un hermoso significado lleno de alusiones: «Zaqueo», en efecto, quiere decir «Dios recuerda».

Y Jesús va a la casa de Zaqueo, suscitando las críticas de toda la gente de Jericó (porque también en ese tiempo se murmuraba mucho), que decía: ¿Cómo? Con todas las buenas personas que hay en la ciudad, ¿va a estar precisamente con ese publicano? Sí, porque él estaba perdido; y Jesús dice: «Hoy ha sido la salvación de esta casa, pues también éste es hijo de Abrahán» (Lc 19, 9). En la casa de Zaqueo, desde ese día, entró la alegría, entró la paz, entró la salvación, entró Jesús.

No existe profesión o condición social, no existe pecado o crimen de algún tipo que pueda borrar de la memoria y del corazón de Dios a uno solo de sus hijos. «Dios recuerda», siempre, no olvida a ninguno de aquellos que ha creado. Él es Padre, siempre en espera vigilante y amorosa de ver renacer en el corazón del hijo el deseo del regreso a casa. Y

cuando reconoce ese deseo, incluso simplemente insinuado, y muchas veces casi inconsciente, inmediatamente está a su lado, y con su perdón le hace más suave el camino de la conversión y del regreso. Miremos hoy a Zaqueo en el árbol: su gesto es un gesto ridículo, pero es un gesto de salvación. Y yo te digo a ti: si tienes un peso en tu conciencia, si tienes vergüenza por tantas cosas que has cometido, detente un poco, no te asustes. Piensa que alguien te espera porque nunca dejó de recordarte; y este alguien es tu Padre, es Dios quien te espera. Tréptate, como hizo Zaqueo, sube al árbol del deseo de ser perdonado; yo te aseguro que no quedarás decepcionado. Jesús es misericordioso y jamás se cansa de perdonar. Recordadlo bien, así es Jesús.

En lo profundo del corazón, escuchemos su voz que nos dice: «Es necesario que hoy me quede en tu casa», es decir, en tu corazón, en tu vida. Y acojámosle con alegría: Él puede cambiarnos, puede convertir nuestro corazón de piedra en corazón de carne, puede liberarnos del egoísmo y hacer de nuestra vida un don de amor. Jesús puede hacerlo; ¡déjate mirar por Jesús!

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Presentemos ahora nuestra oración confiada a Dios Padre, pidiéndole que nos haga cada vez más fieles a su amor, siguiendo el camino de su Hijo Jesucristo.

1. Por los pastores de la Iglesia; para que lo que predicán de palabra lo cumplan con sus obras. Roguemos al Señor.
2. Por las vocaciones; para que los consagrados por el Reino sirvan al Pueblo de Dios con una vida evangélica y cercana, y estimulen a los jóvenes a consagrarse en la Iglesia. Roguemos al Señor.
3. Por los gobernantes de las naciones; para que no sean ambiciosos ni pretendan grandezas que superen sus capacidades. Roguemos al Señor.
4. Por aquellos que se encargan del cuidado de los ancianos y enfermos; para que los traten siempre con delicadeza y cariño. Roguemos al Señor.
5. Por todos los aquí presentes; para que acogamos siempre el evangelio como Palabra de Dios que permanece operante en nosotros. Roguemos al Señor.

Oh Dios, atiende nuestra plegaria y danos la luz de tu Espíritu, para que reconociendo en todo ser humano la dignidad de tus hijos, no sólo de palabra, sino con las obras, demostremos ser discípulos del único maestro que se hizo hombre por amor.

Por Jesucristo nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

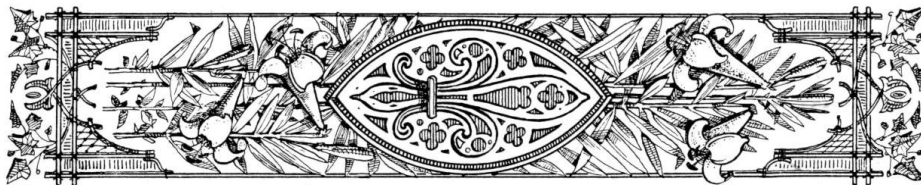
Oremos

Te pedimos, Señor,
que aumente en nosotros la acción de tu poder,
para que, alimentados con estos sacramentos del cielo,
nos preparemos, por tu gracia, a recibir tus promesas.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18



XXXII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Monición de entrada y acto penitencial

Nos estamos acercando al fin del año litúrgico. Este hecho nos evoca el fin de todas las cosas; por eso, la liturgia de hoy está llena de los sentimientos que brotan en el hombre ante el ocaso de la vida. Por eso iniciamos la celebración con estas palabras: *llegue hasta ti mi súplica, inclina tu oído a mi clamor.*

El clamor es el fruto del reconocimiento de nuestros pecados al inicio de estos misterios santos.

Se hace un breve silencio. Luego sigue diciendo:

- Tú que satisfaces nuestra sed de bienaventuranza.

Señor ten piedad

Rx. Señor, ten piedad.

- Tú que nos das la esperanza de la resurrección.

Cristo ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

- Tú que nos invitas al banquete del reino de los cielos.

Señor ten piedad

Rx. Señor, ten piedad.

El ministro laico concluye con la siguiente plegaria:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Rx. Amén.

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos

Dios de poder y misericordia,
aparta, propicio, de nosotros toda adversidad,
para que, bien dispuestos cuerpo y espíritu,
podamos aspirar libremente a lo que te pertenece.
Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo
que contigo vive y reina
en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

**Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios
del leccionario correspondiente.**

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilía

El Evangelio de este domingo nos presenta a Jesús enfrentando a los saduceos, quienes negaban la resurrección. Y es precisamente sobre este tema que ellos hacen una pregunta a Jesús, para ponerlo en dificultad y ridiculizar la fe en la resurrección de los muertos. Parten de un caso imaginario: «Una mujer tuvo siete maridos, que murieron uno tras otro», y preguntan a Jesús: «¿De cuál de ellos será esposa esa mujer después de su muerte?». Jesús, siempre apacible y paciente, en primer lugar responde que la vida después de la muerte no tiene los mismos parámetros de la vida terrena. La vida eterna es otra vida, en otra dimensión donde, entre otras cosas, ya no existirá el matrimonio, que está vinculado a nuestra existencia en este mundo. Los resucitados —dice Jesús— serán como los ángeles, y vivirán en un estado diverso, que ahora no podemos experimentar y ni siquiera imaginar. Así lo explica Jesús.

Pero luego Jesús, por decirlo así, pasa al contraataque. Y lo hace citando la Sagrada Escritura, con una sencillez y una originalidad que nos dejan llenos de admiración por nuestro Maestro, el único Maestro. La prueba de la resurrección Jesús la encuentra en el episodio de Moisés y de la zarza ardiente (cf. *Ex 3, 1-6*), allí donde Dios se revela como el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob. El nombre de Dios está re-

lacionado a los nombres de los hombres y las mujeres con quienes Él se vincula, y este vínculo es más fuerte que la muerte. Y nosotros podemos decir también de la relación de Dios con nosotros, con cada uno de nosotros: ¡Él es *nuestro* Dios! ¡Él es el Dios de cada uno de nosotros! Como si Él llevase nuestro nombre. A Él le gusta decirlo, y ésta es la alianza. He aquí por qué Jesús afirma: «No es Dios de muertos, sino de vivos: porque para Él todos están vivos» (Lc 20, 38). Y éste es el vínculo decisivo, la alianza fundamental, la alianza con Jesús: Él mismo es la Alianza, Él mismo es la Vida y la Resurrección, porque con su amor crucificado venció la muerte. En Jesús Dios nos dona la vida eterna, la dona a todos, y gracias a Él todos tienen la esperanza de una vida aún más auténtica que ésta. La vida que Dios nos prepara no es un sencillo embellecimiento de esta vida actual: ella supera nuestra imaginación, porque Dios nos sorprende continuamente con su amor y con su misericordia.

Por lo tanto, lo que sucederá es precisamente lo contrario de cuanto esperaban los saduceos. No es esta vida la que hace referencia a la eternidad, a la otra vida, la que nos espera, sino que es la eternidad —aquella vida— la que ilumina y da esperanza a la vida terrena de cada uno de nosotros. Si miramos sólo con ojo humano, estamos predispuestos a decir que el camino del hombre va de la vida hacia la muer-

te. ¡Esto se ve! Pero esto es sólo si lo miramos con ojo humano. Jesús le da un giro a esta perspectiva y afirma que nuestra peregrinación va de la muerte a la vida: la vida plena. Nosotros estamos en camino, en peregrinación hacia la vida plena, y esa vida plena es la que ilumina nuestro camino. Por lo tanto, la muerte está detrás, a la espalda, no delante de nosotros. Delante de nosotros está el Dios de los vivientes, el Dios de la alianza, el Dios que lleva mi nombre, nuestro nombre, como Él dijo: «Yo soy el Dios de Abrahán, Isaac, Jacob», también el Dios con mi nombre, con tu nombre, con tu nombre..., con nuestro nombre. ¡Dios de los vivientes! ... Está la derrota definitiva del pecado y de la muerte, el inicio de un nuevo tiempo de alegría y luz sin fin. Pero ya en esta tierra, en la oración, en los Sacramentos, en la fraternidad, encontramos a Jesús y su amor, y así podemos pregonar algo de la vida resucitada. La experiencia que hacemos de su amor y de su fidelidad enciende como un fuego en nuestro corazón y aumenta nuestra fe en la resurrección. En efecto, si Dios es fiel y ama, no puede serlo a tiempo limitado: la fidelidad es eterna, no puede cambiar. El amor de Dios es eterno, no puede cambiar. No es a tiempo limitado: es para siempre. Es para seguir adelante. Él es fiel para siempre y Él nos espera, a cada uno de nosotros, acompañando a cada uno de nosotros con esta fidelidad eterna.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Alcemos ahora nuestras manos y elevemos nuestras súplicas invocando al Señor, nuestro Dios, que sale al encuentro de nuestros deseos.

1. Para que todos los miembros de la Iglesia vivamos siempre atentos al Reino de Dios teniendo encendidas nuestras lámparas. **Roguemos al Señor.**

2. Para que todos los que el Señor ha elegido le sigan más de cerca, experimenten con fuerza el deseo de santidad, y ésta sea un reclamo de nuevas vocaciones.

Roguemos al Señor.

3. Para que las autoridades civiles actúen siempre con prudencia y sabiduría, velando siempre por el bien de la sociedad. **Roguemos al Señor.**

4. Para que Jesús lleve consigo a su reino de luz y de vida a todos los difuntos, y nos conceda a los que vivimos la esperanza en la vida eterna. **Roguemos al Señor.**

5. Para que sintiéndonos sedientos de la gracia de Dios, le bendigamos y alabemos con júbilo constante.

Roguemos al Señor.

Oh Dios, alimenta el aceite de nuestras lámparas para que no se apaguen en la espera, para que cuando Cristo venga, estemos prontos a salir a su encuentro para entrar en Él en la fiesta nupcial.

Por Jesucristo nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos

Alimentados con este don sagrado, te damos gracias, Señor, invocando tu misericordia, para que, mediante la acción de tu Espíritu, permanezca la gracia de la verdad en quienes penetró la fuerza del cielo. Tú que vives y reinas, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18



XXXIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Monición de entrada y acto penitencial

El año litúrgico se termina. En él hemos celebrado y vivido toda la Historia de la Salvación. La liturgia de este penúltimo domingo nos ofrece el fin de los tiempos y los designios que Dios tiene para con nosotros son de *paz y no de aflicción*; si le invocamos el siempre nos escuchará.

Reconocemos nuestros pecados.

Se hace un breve silencio. Luego sigue diciendo:

- Tú que nos has llamado a seguirte con fidelidad.

Señor ten piedad

Rx. Señor, ten piedad.

- Tú que nos has hecho miembros de tu Iglesia.

Cristo ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

- Tú que esperas que demos fruto abundante.

Señor ten piedad

Rx. Señor, ten piedad.

Sigue diciendo:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,

perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

R. Amén.

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos

Doncédenos, Señor, Dios nuestro,
alegrarnos siempre en tu servicio,
porque en dedicarnos a ti, autor de todos los bienes,
consiste la felicidad completa y verdadera.

Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo
que contigo vive y reina
en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios del leccionario correspondiente.

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilía

El pasaje del Evangelio de hoy (Lc 21,5-19) contiene la primera parte del discurso de Jesús sobre los últimos tiempos, en la redacción de San Lucas. Jesús lo pronuncia mien-

tras se encuentra de frente al templo de Jerusalén y se inspira en las expresiones de admiración de la gente por la belleza del santuario y de sus decoraciones (cfr v. 5). Entonces Jesús dice: “De todo lo que estáis viendo, un día no quedará piedra sobre piedra: todo será destruido” (v. 6). ¡Podemos imaginar el efecto de estas palabras sobre los discípulos de Jesús! Pero Él no quiere ofender el templo, sino hacerles entender a ellos y también a nosotros hoy que las construcciones humanas, aun las más sagradas, son pasajeras y no hay que reponer en ellas nuestra seguridad. ¡Cuántas presuntas certezas en nuestra vida pensábamos que eran definitivas y después se revelaron efímeras! Por otro lado, ¡cuántos problemas nos parecían sin salida y luego se superaron!

Jesús sabe que existe siempre quien especula sobre la necesidad humana de seguridades. Por eso dice: “Tened cuidado, que nadie os engañe” (v. 8), y pone en guardia de tantos falsos mesías que se presentarían (v. 9). ¡También hoy existen! Y agrega que no hay que dejarse aterrorizar y desorientar por guerras, revoluciones y calamidades, porque también éstas forman parte de la realidad de este mundo (cfr vv. 10-11). La historia de la Iglesia es rica de ejemplos de personas que han soportado tribulaciones y sufrimientos terribles con serenidad, porque tenían la conciencia de estar seguramente en las manos de Dios. Él es un Padre fiel, es un

Padre premuroso, que no abandona a sus hijos. ¡Dios no nos abandona nunca! Esta certeza tenemos que tenerla en el corazón: ¡Dios no nos abandona nunca!

Permanecer firmes en el Señor, en esta certeza que Él no nos abandona, caminar en la esperanza, trabajar para construir un mundo mejor, no obstante las dificultades y los acontecimientos tristes que marcan la existencia personal y colectiva, es lo que verdaderamente cuenta; es lo que la comunidad cristiana está llamada a hacer para ir al encuentro del “día del Señor”. Jesús en el Evangelio nos exhorta a tener bien firme en la mente y en el corazón la certeza que Dios conduce nuestra historia y conoce el fin último de las cosas y de los eventos. Bajo la mirada misericordiosa del Señor se devana la historia en su fluir incierto y en su entrecruce de bien y de mal. Pero todo aquello que sucede está conservado en Él; nuestra vida no se puede perder porque está en sus manos. Recemos a la Virgen María para que nos ayude a través de los acontecimientos felices y tristes de este mundo, a mantener firme la esperanza de la eternidad y del Reino de Dios. Recemos a la Virgen María, para que nos ayude a entender en profundidad esta verdad: ¡Dios nunca abandona a sus hijos!

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Oremos ahora a favor de todos los hombres a Dios nuestro Padre, que distribuye sus dones entre nosotros, mostrándole los deseos de sus hijos que quieren vivir como hermanos.

1. Para que la Iglesia, siendo fiel en lo poco, haga fructificar el tesoro de valores que Cristo ha depositado en ella.

Roguemos al Señor.

2. Para que el Señor que vela por su grey le conceda pastores misericordiosos y pacíficos, sabios y prudentes, que amen y prediquen según el corazón de Cristo.

Roguemos al Señor.

3. Para que la sociedad ofrezca a todos igualdad de oportunidades, y no se desprecie ninguna cualidad humana.

Roguemos al Señor.

4. Para que nuestros hermanos difuntos participen por toda la eternidad en el Banquete de su Señor.

Roguemos al Señor.

5. Para que como hijos de la luz, no nos dejemos vencer por las tinieblas, y estemos siempre vigilantes ante el Día del Señor. **Roguemos al Señor.**

4.

Oh Padre, que has puesto en manos del hombre todos los bienes de la creación y de la gracia, atiende nuestras súplicas y haz que nuestra buena voluntad multiplique los frutos de tu providencia, que nos hace más diligentes y atentos esperando el regreso de tu Hijo, con la esperanza de escuchar que nos llame siervos buenos y fieles, y entrar así en el gozo de tu reino.

Por Jesucristo nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos

Señor, después de recibir el don sagrado del sacramento, te pedimos humildemente que nos haga crecer en el amor lo que tu Hijo nos mandó realizar en memoria suya.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18



XXXIV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

JESUCRISTO REY DEL UNIVERSO

Monición de entrada y acto penitencial

Celebramos en este último domingo del año litúrgico la solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo, la conclusión de lo que hemos ido celebrando semana tras semana a lo largo del año. Celebramos en ella que Jesús es nuestro Señor, el que nos trae la salvación, el que nos guía en el camino hacia el Reino de Dios.

Acojamos a Cristo Rey, Buen Pastor, hermano y amigo a quien encontramos en el pobre, en el enfermo, en el preso, en el hambriento..., y poniéndonos silenciosamente en su

presencia, reconocemos humildemente nuestros pecados, y le pedimos perdón por todas las veces que no hemos sido fieles a los valores del Reino que Él nos enseñó.

Se hace un breve silencio. Luego sigue diciendo:

- Tú, Buen Pastor, que buscas la oveja perdida.

Señor ten piedad

Rx. Señor, ten piedad.

- Tú, Señor de la vida, resucitado de entre los muertos.

Cristo ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

- Tú, Rey glorioso, que volverás para darnos posesión de tu Reino.

Señor ten piedad

Rx. Señor, ten piedad.

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos

Dios todopoderoso y eterno,
que quisiste recapitular todas las cosas
en tu Hijo muy amado, Rey del Universo,
haz que la creación entera, liberada de la esclavitud,
sirva a tu majestad y te glorifique sin fin.
Él, que vive y reina contigo,
en la unidad del Espíritu Santo,

y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios del leccionario correspondiente.

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilía

La solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo corona el año litúrgico. El Evangelio presenta la realeza de Jesús al culmen de su obra de salvación, y lo hace de una manera sorprendente. «El Mesías de Dios, el Elegido, el Rey» (Lc 23, 35.37) se presenta sin poder y sin gloria: está en la cruz, donde parece más un vencido que un vencedor. Su realeza es paradójica: su trono es la cruz; su corona es de espinas; no tiene cetro, pero le ponen una caña en la mano; no viste suntuosamente, pero es privado de la túnica; no tiene anillos deslumbrantes en los dedos, sino sus manos están traspasadas por los clavos; no posee un tesoro, pero es vendido por treinta monedas.

Verdaderamente el reino de Jesús no es de este mundo (cf. Jn 18,36); pero justamente es aquí —nos dice el Apóstol Pablo en la segunda lectura—, donde encontramos la redención y el perdón (cf. Col 1,13-14). Porque la grandeza de su

reino no es el poder según el mundo, sino el amor de Dios, un amor capaz de alcanzar y restaurar todas las cosas. Por este amor, Cristo se abajó hasta nosotros, vivió nuestra miseria humana, probó nuestra condición más ínfima: la injusticia, la traición, el abandono; experimentó la muerte, el sepulcro, los infiernos. De esta forma nuestro Rey fue incluso hasta los confines del Universo para abrazar y salvar a todo viviente. No nos ha condenado, ni siquiera conquistado, nunca ha violado nuestra libertad, sino que se ha abierto paso por medio del amor humilde que todo excusa, todo espera, todo soporta (cf. 1 Co 13,7). Sólo este amor ha vencido y sigue venciendo a nuestros grandes adversarios: el pecado, la muerte y el miedo.

Hoy queridos hermanos y hermanas, proclamamos esta singular victoria, con la que Jesús se ha hecho el Rey de los siglos, el Señor de la historia: con la sola omnipotencia del amor, que es la naturaleza de Dios, su misma vida, y que no pasará nunca (cf. 1 Co 13,8). Compartimos con alegría la belleza de tener a Jesús como nuestro rey; su señorío de amor transforma el pecado en gracia, la muerte en resurrección, el miedo en confianza.

Pero sería poco creer que Jesús es Rey del universo y centro de la historia, sin que se convierta en el Señor de nuestra

vida: todo es vano si no lo acogemos personalmente y si no lo acogemos incluso en su modo de reinar.

Para acoger la realeza de Jesús, estamos llamados a luchar contra esta tentación, a fijar la mirada en el Crucificado, para ser cada vez más fieles. Cuántas veces en cambio, incluso entre nosotros, se buscan las seguridades gratificantes que ofrece el mundo. Cuántas veces hemos sido tentados a bajar de la cruz. La fuerza de atracción del poder y del éxito se presenta como un camino fácil y rápido para difundir el Evangelio, olvidando rápidamente el reino de Dios como obra.

Pidamos también nosotros el don de esta memoria abierta y viva. Pidamos la gracia de no cerrar nunca la puerta de la reconciliación y del perdón. Del costado traspasado del Resucitado brota hasta el fin de los tiempos la misericordia, la consolación y la esperanza.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Con la esperanza de ser atendidos, elevemos ahora nuestras súplicas a Dios, Padre del Rey y Señor Jesucristo, que quiere

reunirnos a todos en el reino que nos tiene preparados desde la creación del mundo.

1. Para que los pastores de la Iglesia busquen siempre a las ovejas descarriadas de su rebaño. Roguemos al Señor.

Para que los jóvenes no tengan miedo y sigan a Jesucristo, el amigo siempre fiel, sin regatearle amor, entrega y firmeza.

Roguemos al Señor.

2. Para que cuantos ejercen autoridad en el mundo trabajen para que a los humildes no les falte nada de lo necesario.

Roguemos al Señor.

3. Para que los fieles difuntos habiten en la casa del Señor por años sin término. **Roguemos al Señor.**

4. Para que sepamos ver a Cristo presente en el hambriento, en el sediento, en el forastero o desnudo.

Roguemos al Señor.

Oh Padre, que has puesto a tu Hijo como único rey y pastor de todos los hombres; atiende nuestra oración y alimenta n nosotros la certeza de que un día, destruido el último enemigo, la muerte, Cristo te hará entrega de la obra de la redención, para que Tú lo seas todo en todos.

Por Jesucristo nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos

Después de recibir el alimento de la inmortalidad, te pedimos, Señor, que, quienes nos gloriamos de obedecer los mandatos de Cristo, Rey del Universo, podamos vivir eternamente con él en el reino del cielo. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18



Canto de entrada

¡Sálvanos Señor Jesús! CLN A-14

Alrededor de tu mesa CLN A-4

Reunidos en el nombre del Señor CLN A-9

Pueblo de Reyes CLN 401

A Dios den gracias los pueblos CLN 510

Canto de comunión

Donde hay caridad y amor CLN O-23

Os doy un mandamiento nuevo CLN 729

Gustad y ved CLN O-30

FIESTAS DE LA VIRGEN

Canto de entrada

¡Oh María, Madre mía! CLN 308

¡Salve Madre! CLN 309

Canto de comunión

Estrella y camino CLN 316

Canto de María CLN 314

Nuevos cantos

Canto de entrada



To - da la tie - rra te_a do - re, Se - ñor,
can - te_y ce - le - bre tu nom bre,
por - que nos has de - vuel - to la vi - da
y no de - jas - te que tro - pe - za - ran nuestros pies.

Canto de comunión

Moderato



Los que_a-la po - bre - za se_a - bra - zan de los cie -
los han de go - zar. Cer - ca del Se - ñor por
u - na e - ter - ni - dad, bie - na a - ven - tu -
da - dos se - rán.

Los que sean manso y humildes / poseer la tierra podrán.

Todos los que gimen y lloran / luego consolados serán.

Quien tenga y hambre y sed de justicia / su hambre y sed saciadas verá.

Los de corazón compasivo / compasión en Dios hallarán.

Los que el corazón tengan limpio / cara a cara a Dios han de ver.
Los que siembran paz a su paso / de Dios hijos se llamarán.
De los perseguidos sin causa / el reino del cielo será.



Delegación Episcopal de Liturgia